

Tabaco Impuro

G Díaz

TABACO IMPURO



Guillermo Díaz

Capítulo 1

Estaba harto.

Definitivamente estaba harto de que me brotaran gotas de chocolate por todo el cuerpo, por culpa de la exposición prolongada a esa diva de mal fario.

Pasaba otro día más, explotado en los campos de tabaco en el infierno colonial de Bayamo, Cuba. Estaba harto de sentir angustia e impotencia al ver que los señores abusaban de nuestras mujeres, las cuales solían decir que accedían porque pensaban que, de esa manera, podrían acceder a mejores condiciones materiales. Todo era una burda mentira, ellas tan solo eran un producto más de aquel sistema esclavista que nos había impuesto España desde hacía siglos. El único pago que les daban era una buena noche de goce y disfrute a la vera de los españolitos. Estaba harto de no poder hacer nada por el pueblo.

Acabábamos de empezar la siembra de la plantación. Los campos de Bayamo comprendían varias hectáreas en las que nos movíamos según nos indicaran los señores. Azada en mano, removía la tierra junto a mis hermanos de raza. El sonido del tambor no solo me mantenía a raya, sino que también hacía que nos esmeráramos más en nuestro trabajo. Los españolitos castigaban con espeluznante severidad cualquier movimiento fuera de ese ritmo ófrico. Parecía que todos tenían ciclos bíblicos para turnarse a recibir los azotes. Excepto yo. Se escapaba de mi memoria si fui azotado alguna vez desde que entré como jornalero cuando era tan solo un crío.

Lo que era prueba irrefutable de todo lo que digo es que mi espalda era completamente virgen. Al tocarla, podía sentir entre mis dedos las curvas de mis carnes, su fineza, su suavidad... No había presencia de marcas infames sobre mi muro de alquitrán.

En aquel momento, nosotros, explotados, nos limitábamos a seguir clavando las infructuosas herramientas una y otra vez contra la tierra y el musgo. Hasta que, tras mucho esfuerzo, un día, de pronto, me cansé. Aunque la mente aguantaba firme, el cuerpo no daba más de sí. Trataba de soltar los músculos, clavar la azada, remover la arena, pero era inútil. Todo esfuerzo que intentaba realizar era completamente estéril, no producía ningún movimiento y eso supondría que pasaría por primera vez por los azotes.

En ese mismo instante, vislumbré, en mi memoria, aquella vez que se llevaron a mi hermano para darle una lección, por no haber continuado con la tediosa labranza. Recordé cómo la noche anterior se escapó del descanso nocturno para estar con una jovencita que le gustaba mucho.

Estuvo toda la noche con ella, quedando finalmente exhausto, y, al día siguiente, apenas se podía levantar, siendo totalmente imposible que rindiera al nivel esperado por los mandamases. Cuando sus fuerzas se agotaron, era el momento de la crucifixión. De la misma manera que sufrió Jesucristo bajo los azotes de los romanos, él se rindió a la tortura exasperada para acabar pronto y así poder descansar el resto del día. El hombre del látigo lo apartó a un lado a la vista de todos, para que apreciáramos con miedo, lo que nos esperaba a los demás si no cumplíamos con el mandato del trabajo.

El recuerdo se desvaneció como polvo del desierto. Las tornas habían cambiado, ahora eran sus ojos claros y abiertos los que me miraban a mí con pesar. Sentía una mano suave, firme y delicada sobre mi encarnizada piel. Ese contacto me hizo recordar que los blancos no habían trabajado las tierras en su condenada vida. Esas manos eran las manos del placer, del poder, de la opresión. En cada dedo se extendía un látigo infatigable. Cada uña era una navaja afilada.

Pudiendo todavía apreciar el repique del tambor, me dejé llevar como todos hacían, sin mostrar resistencia. Mostrar resistencia era aún peor que enfrentarse a todos los látigos del mundo. Pasó algo que dejó extrañados a todos los trabajadores del campo. El señor no me quiso azotar delante de los demás. Me condujo a su despacho, a paso lento, fuera de su vista.

Un despacho digno de una deidad. La mesa de madera reluciente, embarnizada con el sudor de nuestra gente. El gramófono elaborado con los minerales de nuestra tierra, moldeado con la sofisticación de nuestras manos. Los retratos de sus dirigentes enmarcados en preciosas coberturas de oro, colgados gracias a nuestra estatura y corpulencia.

El señor cogió un disco de vinilo de un cajón, lo puso sobre las agujas y lo hizo girar sobre el gramófono. Empezó a sonar la Quinta Sinfonía de Ludwig van Beethoven.

—¿Sabes que, Julius?

—¿No me vas a azotar? Estaba predispuesto.

—Hoy es tu día de suerte. Pocos gozarán de tus privilegios —me dijo—. Mis jefes me han pedido que seleccione un buen negro para las cosechas de Filipinas y pensé en ti.

Sus palabras me dejaron en shock. Todavía no era capaz de asimilar lo que me estaba diciendo. Filipinas era una tierra lejana. De hecho, con la nula educación que tenía, no sabría decir cómo de lejos estaba eso de la metrópoli, y mucho menos de Cuba. Lo que era seguro es que estaría

separado por al menos un océano.

—Pero ¿por qué yo?

—Te he visto trabajar los campos como nadie. Nunca has desistido en tu esfuerzo. Nunca has interpuesto tu sucio corazón contra las órdenes de los capataces. Nunca has querido rendirte.

—Pensé que ibas a azotarme, me rendí, mis músculos se quedaron sin fuerza. Al final, me rendí, como todos.

El señor de la Vega abrió uno de los cajones de su escritorio y sacó varias carpetas de cartón, poniéndolas sobre la mesa. Deslizó una hacia delante y me miró con los ojos bien abiertos. Comprendí que sería un informe sobre mí, lo sujeté entre mis sudorosas manos y lo leí.

“JULIUS YUNIER — PLANTACIÓN DE BAYAMO, CUBA

Nombre completo: JULIUS YUNIER ECKGARD

Fecha de nacimiento: 14/DIC/1858

Sexo: Varón

Estado civil: Soltero

Lugar de nacimiento: Barrancas, Cuba

Amonestaciones: sin amonestaciones

Trabajo actual: Supervisor de los campos de Filipinas”

El documento de mi hermano estaba justo detrás del mío, quería verlo sin parecer indiscreto, así que miré levemente la cabeza para poder apreciarlo. Solo la mitad de este estaba al descubierto.

“AUGUSTUS YUNIER — PLANTACIÓN DE BAYAMO, CUBA

Nombre completo: AUGUSTUS YUNIER ECKGARD

Fecha de nacimiento: 12/JUL/1852

Sexo: Varón

Estado civil: Soltero

Lugar de nacimiento: Barrancas, Cuba

Amonestaciones: 5 amonestaciones

Trabajo actual: Peón bracero"

—¿Ves lo que te espera? —me dijo mientras esbozaba una expresión amable en su cara.

Asentí y me quedé en silencio. No podía entender cómo el señor de la Vega había podido pensar en mí para un ascenso. Tampoco era capaz de entender cómo alguien como yo podía obtener un puesto de mayor categoría que el de simple peón. ¿Desde cuándo teníamos esa posibilidad?

—El puesto será tuyo a no ser que desees rechazarlo. Cosa que no te recomiendo excepto si pretendes quedarte y pudrirte aquí para siempre. ¿Sabes lo que puede significar esta oportunidad para ti, Julius? Verás —me explicaba mientras abría los brazos con soltura, siendo muy expresivo—, empezarás como supervisor de las tierras. Al principio no querrás alardear de los privilegios de los que tu nuevo cometido dispone, pero, poco a poco, le irás cogiendo el gusto al anís, al brandy y a toda esa mierda que solemos beber nosotros. Cuando empieces no podrás parar. Te verás en una espiral de mierda en la que harás lo que sea por mantenerte donde estás.

Las sinceridades del señor de la Vega eran un arma de doble filo. Hablaba con tanta tranquilidad que uno no sabía cuándo estaba hablando en serio y cuándo estaba hablando irónicamente. No era posible saber si trataba de embaucarte o te elogiaba de verdad. En ese momento decidí creérmelo.

—Acepto —le confirmé.

—Has hecho bien, Julius. Ahora mismo, te costará entender todo lo que supone, pero estoy seguro de que, si por casualidad volvieras a estas

tierras, me lo agradecerás con creces.

La guerra que siguió al Grito de Yara no hizo más que empeorar el humor de los latifundistas que eran dueños de las tierras. Pareció que les dieron orden de ser más chulescos e insufribles como consecuencia del levantamiento. Por casualidad, en el oeste, no pudimos alzarnos en armas de forma tan fructífera como en el oriente. El ejército estaba de forma permanente sobre nosotros, y, sin seguridad, nadie iba a dar un paso en falso para llevarse un tiro medido entre ceja y ceja.

Había rumores de que los dirigentes libertadores cubanos estaban planeando una inmediata revolución tras la guerra. Yo siempre pensé que eso no podía ser posible, ¿cuál era el sentido de iniciar un nuevo golpe después de haber sido aplastados tan fulgurantemente? Todo ese dolor, todo ese sufrimiento, toda esa desfachatez de la guerra me parecía innecesaria. Cierto es que estábamos siendo explotados, cierto es que estábamos en malas condiciones, pero la guerra me parecía una calle sin salida. Si queríamos librarnos de los españoles, quizás debíamos destruirlos desde dentro. O quizás alguien más fuerte que nosotros debía expulsarlos en nuestro lugar.

El señor de la Vega me dejó perplejo para el resto del día. Me dijo que ese día podría librar, aunque tendría que trabajar lo que quedase hasta la marcha. Seguramente iban a proceder con mi traslado un par de semanas después. Volví a las barracas en la que estaban mis compañeros de raza. Augustus fue el primero en acercárame.

—Ven, Julius, ven —me ayudó a sentarme sobre un poyete de cemento macizo que yacía en medio del establo equipado con camas en el que nos dejaban descansar—, ¿qué ha pasado allá dentro? ¿Qué pasó? ¿Todo bien?

—No pasó nada, hermano. Solo es que... —suspiré—. Tengo algo que contarte.

—¿Y bien? Si tienes algo que contarme, cuéntamelo ya.

—Me duele.

—¿Qué te duele, hermano?

—Tú me dueles.

—¿Cómo es eso?

Entonces, me callé. Dentro de mi corazón brotaban águilas que trataban de liberar mi pesar, pero me veía incapaz de soportar la reacción de mi hermano. Era más que cierto que no sabía cómo actuaría, pero podía imaginarlo. Que tu hermano menor haya sido elegido para desempeñar una tarea de mayor categoría era un compendio de maldades que podrían lanzarse en mi contra. Me levanté del angustioso banco de cemento y salí de los barracones para tomar algo de aire fresco.

Ver el campo, los huertos y las fincas me producía una sensación de añoranza inédita. Muchos de mis compañeros decían detestar las tierras y odiarlas por horribles; bien es cierto que yo sabía que era porque no podían adueñarse de ellas. Tenían esta sensación porque quienes las poseían los esclavizaban, los humillaban y los apaleaban, pero no porque no fueran bonitas. Me gustaba salir muchas noches tan solo a respirar un poco de aire fresco mientras miraba al horizonte; me hacía sentir tan vivo como si una llama se enarbolara en mi interior y me calentara.

Escuchaba grillos escondidos entre los árboles más próximos a las barracas cuando me abordó Augustus de nuevo; había percibido sus pies arrastrándose por la tierra hendida que rodeaba nuestros barracones. Me giré antes de que me llamara y pude ver su cara escondida entre sombras en la que destacaban sus arrugas redondeadas.

—Ya es hora —me dijo como si me estuviera leyendo el pensamiento.

—El señor de la Vega me ha escogido para marche hacia las Filipinas para ocupar un cargo de confianza por delegación suya.

—¿De verdad? ¿Cómo es eso?

—Me dijo que era un buen negro, que se fijó en mí. No entendí nada, al igual que tú ahora.

—¿Buen negro? Buenos negros somos todos. Todos recibimos azotes, todos vivimos en los barracones, todos nos dejamos nuestra sangre para que cultivar sus tierras.

—¿Qué me vio entonces?

—Creerá que tienes algo que los demás no.

—¿Y tú lo crees?

—Siempre he pensado que eras más fuerte. Y no de físico.

Se hizo el silencio otra vez entre los dos. Se postró junto a mí y se quedó mirando al horizonte. La noche estrellada nos abrumaba y nos hacía empedaquesecer. Nos sentíamos como dos motas de polvo en el universo.

Sentía que mi hermano estaba desconcertado por lo que le había contado, pero también era capaz de notar que me comprendía y nunca dejaría de confiar en mí. Con nuestros brazos nos rodeamos las espaldas y ninguno de los dos pudimos evitar sonreír al mirar de lado nuestras mejillas.

Volvimos a paso lento a los barracones cuando pudimos apreciar una pequeña sombra oscura moverse detrás de las rendijas que dividían los barracones de ambos sexos.

Se encontraban separados porque según los patrones era mejor que centráramos todos nuestros esfuerzos en el trabajo.

Era Sandy.

Sandy Pickerson era la mujer con la que más roce tenía. Siempre se preocupaba de que estuviera bien. Vino a verme, no podía ignorarla. Tenía que contarle también lo que me había pasado. Estaba seguro de que se alegraría cuando se lo dijera.

Augustus se volvió a meter en los barracones, no hacía falta mediar palabra para que comprendiera que necesitábamos intimidad. Sandy tenía sus ropajes manchados de sangre por una pequeña raja que se había hecho al cruzar los alambres. Los señores conocían a la perfección el agujero, sin embargo, nunca se molestaron en arreglarlo. Parecía que se divertían todas las mañanas adivinando que roces había habido entre nosotros, quién había pasado hacia el otro lado o con quién habríamos acabado encamados.

Se trasladó a mi memoria una de las veces en las que me pillaron colándome en busca de Sandy. Llevaba puesta una túnica andrajosa con un descosido y una mancha de sangre igual que la que tenía Sandy ahora. Se me acercaron varios capataces, entre risas, diciéndome:

—¿Qué tal fue el garbeo? ¿Mojaste?

Me mantuve en silencio, no quería dar pista alguna de lo que había hecho. Sus ojos insidiosos insistían penetrándome con dureza. Me volvieron a preguntar.

—¿Con quién?

Había estado con alguien y no podía esconder mi mirada. Mis ojos marrones enturbiados se dirigían interrumpidamente hacia Sandy. Era el amor de mi vida. En esas, que los señores vieron hacia donde se dilataba mi mirada y supieron con certeza que se trataba de ella. Para confirmarlo, solo tuvieron que cogerla. El corazón se me encogió y no pude evitar gritar. Me volvieron a mirar con desidia diciéndome que no moviera ni una

vez más mi asquerosa boca.

Y se la llevaron. Se la llevaron a las viviendas de los señores. Cuando ella volvió, yo solo quería morirme. Sus ojos llorosos demostraban que se había resistido, pese a ello, había sucumbido a su fuerza. Era inevitable, tan inevitable como que el sol brillara todas las mañanas. Y todos los hombres de las tierras teníamos que convivir con ello.

Parece que a Sandy se le pasó. El tiempo cura, eso dicen. O puede ser que la herida permanezca en el fondo de su alma. Ahora la tenía delante, mi corazón seguía palpitando por ella, como si fuera el primer día. Para mí seguía siendo virgen, para mí seguía estando inmaculada. Ella me miraba de la misma manera. Estuvimos un rato andando alrededor de las barracas, hablando de la luna y los tesoros que esta esconde, de las tierras más allá de Cuba. Finalmente llegó el momento de confesarme.

—Tengo una cosa importante que decirte, Sandy.

—¿Cómo de importante?

—Préstame atención, Sandy. Es importante, de verdad.

—Escucharé lo que tenga que oír... ¡Pero nada va a cambiar de lo que pienso de ti!

—Puede que esto sí —confesé—. El señor de la Vega me ha escogido de entre todos para que ocupe un puesto de responsabilidad en las Filipinas. Desconozco donde están las Filipinas, pero todo indica a que pasará mucho tiempo sin que yo vuelva por aquí.

Golpeó la palma de su mano en mi cara. Me soltó un bofetón que me dolió mucho más en el corazón que en la piel. Me derrumbé, de impotencia, por no poder hacer nada, por no poder elegir mi destino, por tener que separarme de ella. Sé que ella podía adivinar los pensamientos más profundos de mi mente, por eso no desesperé, por eso confié en que lo entendiera. Pero, en aquel entonces, supuso un palo enorme. La caída de las Torres del Oro.

—¿M... me vas a dejar aquí? ¿En busca de aventuras? —me dijo como si yo pretendiese buscar aventuras. No me quedaba otra elección—. ¡Eres un cabrón, Julius! Nunca te perdonaré.

No me dejó tan siquiera despedirme de ella. Fue tan duro como una puñalada en el pecho. Anduve, dolorido, hacia los dormitorios, buscando mi cama. Escocía más que cualquier herida física, escocía tanto como haberme separado de mis padres. Ahora, tenía que enfrentarme a un nuevo mundo, desconocido, inesperado. Con la única compañía de mi misma persona. Y, además, tendría que convivir con el desprecio del exilio

por parte de mis compañeros. La mayoría no vería con buenos ojos mi marcha por el mundo.

Tumbado, viendo el techo de espantapájaros que tenía encima, quería morirme. El compañero de la cama contigua me miró insolente.

—¿Qué tramas?

—No tramo nada, ¿por qué?

—Tanta vuelta nocturna es que tramas algo.

—Me marchó.

—¿Desde cuándo podemos marchar?

—Me hacen ir.

—Entonces no te espera nada bueno.

Los augurios de nuestra gente solían confirmarse. Eso no me gustaba nada de nada. Seguida esa conversación, mucho no tardarían los demás en enterarse de que me iba de las tierras. No hubo mucho jaleo, pero, desde entonces, tan solo hablé con mi hermano. Los demás me miraban con caras raras, como si me hubiera picado algún insecto portador de una enfermedad contagiosa.

Dos días antes de mi partida, el señor de la Vega me llamó a su despacho al atardecer, cuando ya había terminado la jornada laboral. Tenía mi cosido ensuciado por la labranza, por eso, me hizo deshacerme de la ropa y quedarme en calzón. Se movía de un lado a otro de la habitación, mirando todos los enseres que colgaban en las paredes: un jabalí disecado, un cuadro del Rey de España por la gracia de Dios y la Constitución, Alfonso XII y un retrato de lo que parecía ser su familia, una mujer y un hijo.

—¿Te has enterado de lo que ha pasado?

—No, ¿por qué? ¿Qué ha pasado? —pregunté.

—¿No te has fijado en que Akanni Cumbá no ha venido hoy a la labranza?

—No, no me fijé. ¿Qué habéis hecho con él?

—¿Nosotros? No le hemos hecho nada, amigo. Era un buen trabajador,

nos aportaba riqueza.

—¿Era?

—El capataz que revisaba los barracones por si os quedáis rezagados lo encontró cerca de las letrinas a diez metros del edificio.

—¿Quieres decir, que lo encontró muerto?

—Efectivamente. Me preguntaba si sabes algo sobre el tema, o si nos podías hablar un poco más de él.

—No, no lo conocía mucha. Apenas hablé dos veces con él. Era un chico tímido.

—Bueno, te llevaré a que veas su cuerpo y lo examines. ¿De acuerdo?

Tragué saliva.

—Vale.

El señor de la Vega sacó del armario de roble un conjunto para mí y salió de su despacho haciendo resonar el eco de sus pasos por el conjunto de edificios. Me dejó un tiempo para que me cambiara y seguí sus pasos. Me sobrevino un olor húmedo proveniente de los surcos del campo que me recordó los lúgubres momentos del fuerte aguacero en los que varios de nosotros caímos arrastrados por la muerte.

Nos dirigimos hacia los barracones donde estaba esperando uno de los señores que se había encargado de mantener a todo el mundo alejado del cadáver. Desconocía la insistencia por la que el señor de la Vega quería que viera el cuerpo, pero parecía que lo consideraba completamente necesario. Cuando nos reunimos con el capataz, tornamos la esquina y nos alejamos unos diez pasos del edificio hasta llegar cerca de donde estaban las letrinas improvisadas. Allí estaban esperando un par de españoles más.

Desconsolado y olvidado por la humanidad había allí un esqueleto encarnizado hundido entre los resquebrajos de tierra. La cara inexpresiva de mi compañero Akanni Cumbá esculpida sobre el polvo fértil me transmitía cierta sensación de angustia, más que de tristeza. El señor de la Vega dio un paso hacia delante y deslizó hacia abajo la vestimenta del cuerpo inerte.

Tras esta acción, un tufo a podredumbre mezclado con ligeros toques de canela se desprendió del fiambre y, excepto mi persona, todos se echaron hacia atrás a la par que agitaban las manos para mover el aire sobre sus narices. En ese breve instante en que los otros dejaron de mirar, pude

observar como el viento hizo volar un polvo de color pimienta.

No se me pasó por la cabeza dar indicación alguna de lo que había visto. Quizás tan solo había sido una impresión o un detalle sin la más mínima importancia. El señor de la Vega me gestualizó para que observara el cuerpo con mayor detenimiento por si notaba cualquier cosa destacable. De hecho, clavó los ojos en mí de una forma tan asfixiante que me sentí oprimido.

Una vez me hube agachado a la vera de los restos de mi compañero, observé que tenía un símbolo marcado a fuego sobre la parte más alta del abdomen. Todos los que estaban presenciando la escena se quedaron conmocionados. Noté que les invadió un miedo inaudito cuando se dieron cuenta de que la marca era, inequívocamente, una cruz cristiana.

—¿Qué es eso? —preguntó el señor de la Vega con un tono de voz enmascarado.

—Una cruz —respondí.

—¿Qué tipo de cruz?

Permanecí incrédulo. Era obvio, pero aun así parecía querer una confirmación externa. Una voz que les alejara de toda duda.

—Una cruz cristiana —confirmé.

Los capataces que estaban rodeando el cadáver levantaron la cabeza y se miraron entre sí después de haber estado escuchando con atención la conversación que tuve con el señor de la Vega. El olor a muerte invadió el corazón de la explotación en la que nos encontrábamos. Un sentimiento parecido a un bloque de hielo recrudesció nuestras caras como un tajante golpe de espada.

—Márchese —me dijo uno de ellos.

Ellos se quedaron contemplando el cuerpo atónitos mientras caminaba a paso rápido para alejarme de la escena. Entré en los barracones y me eché en mi cama. La cabeza no paraba de dolerme, no tenía cuerpo para seguir viviendo. Me moría de ganas de llorar, y lloré, pero no quería hacerlo delante de nadie. Los otros todavía estaban aprovechando lo que quedaba de la tarde y se mantuvieron charlando con los compatriotas fuera de los barracones.

Una voz tenue me sorprendió de pronto y se me pusieron los pelos de gallina.

—¿Qué ocurre, Julius?

Era mi hermano Augustus otra vez. Me encontraba indeciso, no sabía si contarle lo que me había ocurrido era lo más propicio. Me miró profundo, con esos ojos que te dicen que ya han vivido lo mismo por lo que estás pasando. Al fin y al cabo era mi hermano, ¿a quién sino debía contarle todo lo que había ocurrido? Necesitaba que él también fuera consciente de lo que estaba pasando en la plantación para que anduviera con cuidado.

—Akanni Cumbá.

—¿Qué ocurre con él?

—Lo han asesinado.

—¿Cómo?

—Lo que oyes, Augustus, lo que oyes. Han asesinado a Akanni Cumbá.

—¿Quién ha sido, lo sabes?

—No tengo la menor idea, pero encontraron una cruz cristiana en su cuello.

—Dudo entonces que sea de los nuestros. ¿Has notado que alguno de los españoles actúe de forma extraña?

—No noté nada, absolutamente nada. Es todo un misterio.

Capítulo 2

Los dos días que quedaban para la partida pasaron con suma facilidad, tan rápidos como un rayo por la ciudad durante la tormenta. No fue posible contener los rumores que habían surgido en torno a la desaparición de Akanni Cumba y todo el mundo acabó enterándose de lo sucedido, pese a los intentos de los capataces para evitarlo. En la atmósfera de trabajo de la colonia, se vivía una extrañeza sobrenatural.

Las hoces seguían clavándose en la tierra de forma ininterrumpida como fragmentos de asteroide cayendo sobre la profundidad del mar. Los capataces parecían haber relajado la forma en la que nos castigaban, de hecho, era como si después de toda la crueldad con la que nos trataban, ahora tuvieran miedo de que hacernos sufrir se les pudiera volver en su contra.

En el día de la marcha, hizo un día de perros. Un temporal tropical azotaba Cuba con severidad y no fue posible que nadie trabajara. El señor de la Vega me llamó a su despacho.

—Julius, hoy es el día. El día en el que toca marcharte. Te recomiendo que te despidas de todos los compañeros con los que tengas cierta relación por si no puedes volver a verlos nunca más. Te podrá acompañar una persona, imagino que preferirás que sea tu hermano quien venga con nosotros, ¿no?

Me quedé pensativo durante unos instantes mientras me fijaba en uno de los cuadros que tenía en el fondo de su despacho. Mi mente se fue a hacer gárgaras imaginando a todas las personas que podía querer de aquel lugar y, efectivamente, quien aparecía con mayor fuerza era él.

—Augustus vendrá conmigo.

—Perfecto. De todas maneras, dudaba quien más te podía tener aprecio en estas tierras. Saldremos al atardecer, te esperaré en un carro en el camino de la salida. Los guardias os abrirán.

Volví a los barracones. La mayoría de los obreros estaban allí reunidos sentados sobre los colchones de las camas, hablando, jugando a las cartas o tumbados en soledad. Augustus estaba en su cama tirado, intentando relajarse y dormir, pero le era imposible. Se estaba moviendo entre las sábanas como una sabandija anaranjada, buscando una posición cómoda en la que quedarse echado.

Bajé a la cama de Augustus y llamé su atención. Se arrugaba más y trataba de no prestarme atención, pero yo era su hermano y él se veía en

la obligación de responderme.

—¿Qué quieres?

—Hermano, no te lo dije, pero...

—A mí déjame de gilipollices. ¡No quiero saber nada de nadie!

No sabía qué le podía estar pasando. Era como si una jauría de lobos le estuviera comiendo la cabeza por dentro.

—Augustus, ¿qué te pasa?

—¡NADA! —respondió gruñón y alterado.

Preferí no preguntarle qué le ocurría de verdad. Tan solo quería que me acompañase esa tarde para despedirme de él en el barco.

—Augustus, me da igual lo que te esté pasando. Necesito que me acompañes esta tarde a la despedida. Puede que no me vuelvas a ver.

Las últimas palabras que dije parecieron calar en él y reaccionó.

—¿A dónde?

—Vamos al puerto, me marcho en barco. Voy a estar muchos días de viaje. Y estaré años fuera. Te desearé lo mejor.

—¿Lo mejor? ¿Marchándote y dejándome solo aquí? Te acompañaré porque no quiero que te sientas desamparado, pero en el fondo, vas a ser tú, quien me deje desamparado a mí.

—Eres un cabezón, un amargado de la vida. Que lo sepas.

—Tu dirías lo mismo si no te hubiera tocado la lotería.

Lo dejé en paz. No quería discutir más con él. Suficiente tenía con lo que le estaba haciendo. Porque lo sentía, pensaba que sus palabras eran ciertas. Era yo quien lo estaba dejando desamparado.

Caminé por el pasillo hasta llegar a la entrada. Me asomé por una de las ventanas y me quedé expectante, viendo la lluvia caer sobre los terrenos aledaños. Era como si estuviera cayendo desesperanza en forma de lluvia. Mi corazón se angustió.

Llegó la hora de marcharse. Augustus me siguió por detrás a unos pasos de distancia. Salimos tras el control de los guardias. El carro esperaba en

el mismo camino en el que estaba toda la cuadrilla.

El señor de la Vega y los demás capataces parecían tener prisa, querían salir rápido. Nos acomodaron en un carro e iniciamos la marcha con los caballos. En principio, estos se mostraban un poco reacios a ser doblegados. El interior del carruaje estaba formado por dos largos asientos acolchados por cojines selectos. Se escuchó el trote de los animales sobre el rocoso terreno de tierra húmeda y empezamos a avanzar.

—¿Qué tal te sientes en la plantación, Augustus? —preguntó el señor de la Vega.

—No me puedo quejar —respondió con tono insidioso. El odio de sus palabras era latente.

—Aunque no os lo creáis, os vigilamos, intentamos adivinar lo que sentís y nos preocupamos por vosotros.

—¿Me estás hablando en serio? Guate mojado.

—Sí, te hablo en serio.

Augustus miró resignado hacia los lados. Yo me quedé aguardando pavoroso temiendo la reacción que pudiera tener mi hermano.

—Nos machacáis a todas horas, nos explotáis, nos esclavizáis, nos castigáis, nunca preguntáis si queremos algo, vivimos en barracones mientras ustedes tienen sus despachos y sus habitaciones propias. ¿Y todavía tiene el valor de decirme que se preocupan por nosotros? Váyase a la mierda, no me hable más.

El resto del trayecto lo pasamos callados como cerdos. Se escuchaba el traqueteo de las ruedas sobre el terreno húmedo. La lluvia escampó. Un extraño olor, como azufre, recorrió el interior del carruaje. Nos estremecíamos para dentro y no sabíamos por qué.

El señor de la Vega me miró tendido hasta que finalmente habló:

—No me defraudes, Julius. Me pidieron un buen negro y ese eres tú.

Tras un par de días llegamos a la zona portuaria de Santiago de Cuba. Una serie de barcos se encontraban anclados en el muelle del puerto. Todos los que nos acompañaban se bajaron de sus respectivas carrozas y se dirigieron a hablar con los controladores del barco en el que nos teníamos que marchar. El señor de la Vega nos dijo a mí y a mi hermano

que debíamos decirnos nuestras últimas palabras en ese momento, porque en breves me marcharía y quizás nunca volvería.

Me dolía tanto sentir esa frustración interna de pensar que en el futuro no volvería a ver a Augustus, que no era capaz de responder de forma coherente cuando el señor de la Vega intentaba decirme algo. Miré a Augustus, él siempre mostraba una cara impasible, que ahora era aún mayor tras la discusión que tuvo con el señor de la Vega. Las palabras salían con dificultad.

—Cuídate —me dijo.

—Creo que debes cuidarte tú más que yo.

Le sonó raro lo que le dije y me respondió:

—Piensas que sabes más de lo que dices. Sin embargo, no es así; lo mismo que un día te elevan hasta el cielo de los ricachones imperialistas, otro día te hunden otra vez como un esclavo hasta el fondo de la miseria de Filipinas.

—Vale, lo sé. Pero, en cambio, ¡a ti te acecha la muerte! ¡No sabes lo que se te puede venir encima! ¿O ya te has olvidado de lo que yo vi?

—Solo lo has visto tú, y así confirmas con tu palabra. ¿Debo fiarme de ti? ¿Y si se lo llevaron a otro sitio? ¿Y si lo vendieron como ganado? Nada más que tenemos de testigo tu palabra, jamás soltarían certeza por su boca esos españoles.

—Parece ser, que ya no te fías de mi palabra. ¿Qué te pasa conmigo, Augustus? ¡Qué te pasa! Me ocultas algo.

—Ha habido rumores en la plantación de Bayamo de que has estado haciendo el trabajo sucio de los capataces. Ya sabes, todo aquello en lo que hay que ensuciarse las manos.

Me dejó extasiado.

—¿Y de verdad te crees todo lo que digan? ¿De verdad? ¿De verdad no te fías de tu propio hermano?

—Sabes que en el fondo, te creo. Comprende, no obstante, que tengo mis dudas. No me puedo fiar absolutamente de nadie, después de lo que me has contado, después de lo que piensan nuestros compañeros y después de esta discusión con el señor de la Vega. Márchate, pero, por favor, vuelve. Vuelve algún día.

—Lo haré —le respondí y llevé mi mano hacia la tela que cubría el carruaje y la desplacé a un lado para salir al puerto.

Allí estaban todos los capaces formando un círculo, como siempre hacían. Uno de ellos regresaba de hablar con el marinero que controlaba el puerto y se incorporó al grupo. El señor de la Vega me vio salir del carruaje y me hizo un gesto para que acudiera con el pequeño grupo que habían formado todos los españoles. Parecía que querían hablar conmigo.

—Julius —me dijo uno de ellos, con traje aterciopelado y un bigote muy característico—, no vayas a causar ningún problema. Como seas un vago y nos dejes en mal lugar por haberte elegido, será lo último que hagas. Tenemos contactos en todas partes como para saber cómo actúas. ¿Te queda claro?

—Sí, señor —respondí.

Otro señor, con una barba frondosa y un sombrero de copa me miró desdeñoso y dijo:

—No serás tú el que ha causado tantos problemas en la finca, ¿verdad?

—No, no lo soy. Y... ¿cómo que tantos problemas? Que yo sepa...

—No, no ha pasado nada más —cortó el señor de la Vega y miró al señor del sombrero de copa extrañado—. Ve preparándote para subir al barco.

Cogí las maletas y me despedí de los señores. Su forma de actuar era tan dantesca que hablar con ellos producía escalofríos. Quise alejarme de ellos lo antes posible, porque no me inspiraban nada de confianza. Era como si cada palabra que decían provocara que se enturbiara el ambiente y me hundiera en la miseria.

Empecé a subir la rampa para abordar el barco. Nada más entrar, había un acomodador que me atravesó con sus ojos azules de entusiasmo y me dijo:

—¿Julius Yunier?

—Sí.

—Bien, tome su tarjeta de embarcación —dijo cediéndome un tique bastante ancho—. Su habitación está en el tercer piso, sección segunda. Los conserjes le llevarán el equipaje. Puede aprovechar para tomarse un refresco, ¿le parece?

—No es mala idea —dije cediéndoles mis maletas a los forzudos que había al lado del acomodador y me dirigí hacia la zona de ocio—. Muchas

gracias.

La sensación que tuve al delegar el trabajo fue muy extraña. Estaba acostumbrado a hacer todas esas cosas y muchas más. Sentía desamparo por haber sido relegado de las cosas que solía hacer de forma ordinaria, pero sentimiento de poder por el hecho de que otros hicieran esas pequeñas cosas por mí.

Pasé al salón donde servían copas que estaba al comienzo del vestíbulo a la izquierda y me senté en la barra. Por lo visto, me habían pagado un viaje todo incluido por órdenes de trabajo. Miré al camarero asustado, porque no sabía que pedir. Este pareció entenderme sin tener que mediar yo palabra alguna. Sabía que era la primera vez que estaba a bordo de un barco, y sabía que era la primera vez que iba a tomarme un cóctel.

—¿Eres duro? —me dijo el camarero con una sonrisa lúcida.

—Lo soy, ¿por qué?

No me preguntó nada más, tan solo se dio la vuelta hacia la estantería que tenía detrás de él, cogió una botella marrón en la que ponía "Jack Daniel's" y me sirvió medio vaso ancho.

—¿Esto no va hasta arriba? —pregunté.

—No —carcajeó—, tranquilo, suerte tendrás si aguantas eso.

—De acuerdo —dije y, inmediatamente, me lo bebí todo de un sorbo. Sabía a madera, a madera asquerosa. Pero nunca había tenido una sensación de ese tipo. El camarero me miraba raro.

—¿Te lo has bebido del tirón?

—Sí, ¿por qué?

—Eres más duro de lo que creía —respondió.

Yo también empecé a reírme. Al principio fue sutil. Después me empecé a descontrolar, no era capaz de saber lo que hacía o decía. La cabeza me daba vueltas, y el camarero no paraba de hablar conmigo. Yo le pedí más copas de aquello, pero no sabían igual. Era probable que me hubiera dado gato por liebre, pero tampoco estaba en posición de reconocer la realidad. Poco a poco, se me fue pasando esa sensación de perdición. Debía volver a mi habitación cuando se sentó a mi lado un hombre de unos treinta años. Tenía el pelo rojizo. Algo en él me llamó la atención, y algo de mí llamó su atención. No sabía que podía haber sido, pero fue un vínculo inexorable. Era normal que yo pudiera llamar la atención, al fin y al cabo, era un negro en un mundo de blancos. Lo que no sé es que pude ver en

él, pero tenía la certeza de que íbamos a iniciar una amistad sin precedentes.

—¿De dónde vienes?

En otro caso, esa pregunta me podría haber ofendido bastante, por motivos obvios. No obstante, noté que fue sincero en sus intenciones y no pretendía ningún mal. Algo me lo decía.

—Bayamo, Cuba. De las plantaciones principales del pueblo. ¿Porque me hace esa pregunta?

—Este barco tiene un trayecto bastante largo. ¿A dónde vas?

No había respondido a mi pregunta, pero continué la conversación.

—Filipinas.

Asintió.

—Yo también. Me llamo Andrés Zámpalo, soy de Zaragoza, España. Creo que vamos a ser buenos amigos.

Aquella frase hizo mella en mí. Era imposible entender cómo una persona que no conocía de nada depositaba confianza en mí y sentía orgullo de poder tener una futura amistad. En mi interior, yo realmente confiaba en que fuera así. Me vendría de lujo contar de partida con una persona, un compañero, un amigo, que me ayudara a situarme en la nueva colonia y así evitar sentirme solo en todo momento.

—Yo soy Julius Yunier. ¿Quieres que te cuente mi historia?

Andrés me sonrió y me dio a entender que sí. Fue el inicio de una bonita amistad.

—¡Claro! Lo estaba esperando.

Pasamos lo que quedaba de día entre carcajadas, copas y sonrisas sinceras. Fue interesante conocer su historia. Andrés Zámpalo era un comerciante textil que trabajaba para una importante firma industrial extranjera de Barcelona. Ganaba importantes emolumentos, pero él consideraba más importante disfrutar de lo que le gustaba que disfrutar del dinero. Por eso mismo, se alistó a filas de señores que querían emprender una nueva carrera en las colonias. Hubo algo que no quiso contarme ese día, pero estaba seguro de que lo haría en un futuro próximo.

Con los mareos de la borrachera, aún no recordaba cómo habíamos decidido volvernos a nuestros camarotes a descansar. El hombre que estaba al otro lado de la barra nos miraba con incredulidad. ¿Cómo podíamos haber acabado tan ciegos? Nuestros propio mareo se sumaba a las olas que movían el barco y su propio movimiento oscilatorio, de forma que parecía que estábamos en una montaña rusa. Andrés decidió coger mi mano para que no me cayese, aunque, a decir verdad, no sabía realmente si lo hizo para que no me cayese yo o porque no se quería caer él. Lo único que sé es que cuando llegamos al pasillo de las habitaciones, acabamos en el suelo. Las escaleras eran más complejas que un puzle de veinte mil piezas. Un par de parpadeos más sirvieron para aparecer en mi habitación como si se tratara de un destello desilusionante. Me encontraba fatal, de hecho, tuve que ir varias veces al baño de mi camarote para liberarme del malestar. Lo último que recuerdo de aquella noche es caer redondo en una cama tan cómoda como el paraíso.

Lo que me despertó fue un reluciente hilo de luz que se estampó en mi cara. El dolor de cabeza era imparable; sentía como la sangre fluía por las venas de mi cráneo y no me dejaban volver a la claridad mental. Aquello debía ser un completo "no" a cualquier tipo de bebida alcohólica. Entré al baño, me di un agua y me cambié de ropa. Miré la puerta. ¿En qué podía pasar el tiempo que me quedaba a bordo del barco? Aún seguía con ganas de conocer más a Andrés.

Me decidí finalmente a salir. Hacía un buen día, perfecto para salir a la cubierta a disfrutar un poco del paisaje marítimo. En el mismo momento que rocé el pomo de la puerta y lo giraba para abrirla, escuché jaleo que provenía del exterior. Dio la impresión de que había un grupo de autoridades de la tripulación esperando a que saliera de mi camarote. Me agaché para mirar por el hueco de debajo de la puerta, pero era incapaz de percibir nada. Pegué la oreja a la puerta y lo que escuché me sorprendió.

—Se lo diremos con sutileza, ies su primer día fuera de esa cloaca! Los campos, la explotación y los barracones hacen mucho daño a su persona y a su mente. No sé qué le ha podido pasar, pero no debemos crucificarlo a la primera de cambio. No sabemos si ha sido mala fortuna o tan solo ha sido una metedura de pata que jamás va a volver a pasar.

—¿Perdonar? Esa es una palabra de la perdición, un desafío a la mente humana. El perdón no existe, ni aquí ni allí, ni ayer ni mañana, ni ahora ni nunca. Los actos realizados contra la responsabilidad del pueblo deben ser respondidos de forma congruente. Los delincuentes deben ser apresados, siempre. De otra manera, colaboraríamos en una cadena del libertinaje sin

control.

La primera voz era suave y delicada, me transmitía serenidad; sin embargo, la segunda era tan grave como una voz ahogada en la profundidad de un pozo sin fondo. No eran escalofríos lo que me producía aquel sentimiento, aquel perjuicio correría toda la vida en mi contra y no me dejaría respirar ni un segundo.

Abrí la puerta, por fin. Debía enfrentarme a ellos. De todas maneras, no tenía otra opción. A la izquierda había un chico pelirrojo con el pelo alborotado y una visera blanca de capitán, a quien identifiqué rápidamente como la voz suave y dulce. A la derecha estaba el hombre de mis pesadillas; con ciertas reminiscencias de calvicie, tenía una cabellera peliaguda y una barba con bigote bien cuidada. Era delgado, pero su espalda no mostraba debilidad alguna de lo ancha que era. El estentóreo de voz casi me empuja para atrás del susto.

—¿Julius Yunier? —inquirió el hombre—. Mi nombre es Roberto Macías y partir de ahora me tratarás como si fuera tu señor, así que no trates de pronunciar palabra si no te lo pido yo primero.

Le miré extrañado, frunciendo el ceño.

—Veo que no sabes por qué te estoy diciendo esto, ¿me equivoco?

Negué con la cabeza. El capitán del barco miraba a Roberto de la misma manera que yo, con preocupación y extrañeza.

—¿No sabes lo que hiciste ayer? Has tenido a medio barco en vilo. Por la noche, no pudimos dormir porque tú y tu amigo os reíais a carcajadas por los pasillos a altas horas de la noche. Así que nos asomamos a ver qué pasaba, ¿y que nos encontramos? A dos borrachos tambaleándose y destrozando los elementos decorativos de este navío.

La cara de confusión que puse no daba lugar a dudas: me encontraba completamente sorprendido y no sabía de qué me estaba hablando Roberto. El capitán del barco giró su cuerpo y me permitió ver el fondo del pasillo. Al lado de la escalera, había una maceta rota y un montón de tierra esparcido por el suelo.

La expresión de mis ojos cambió ipso facto. Teniendo en cuenta mi situación la noche anterior, era bastante probable que hubiera sido el responsable de esos actos. En cierta parte, pude entender el enfado colosal que Roberto soportaba hacia mi persona. No era de agrado que perpetraran una irrupción de tal calibre en un viaje de larga distancia. Había que mantener el orden hasta que llegáramos a las Filipinas.

La brusquedad con la que me habló dio a entender que me iba a presentar frente a un Consejo de Guerra, pero parece que calmó sus ánimos poco después de su sermón. El capitán del barco lo había tranquilizado con una mirada fatua.

—Quedará en una advertencia —dijo Roberto—, y que no se repita nada parecido. Te estaré vigilando —sentenció.

Tragué saliva y mi garganta pareció erupcionar del miedo que sentía en mis entrañas. ¿Qué alcance podría tener ese “Te estaré vigilando”? Los dos hombres se retiraron de la puerta dejándome el camino despejado para salir. Lo primero que se me ocurrió fue que debía buscar a Andrés Zámpalo. Estaba intrigado por saber que le había ocurrido a él en esa noche fatídica y que le habían dicho los dos personajes que lo iban a apresar.

Mientras bajaba las escaleras me di cuenta de todo lo que había montado: los cuadros de la entreplanta estaban descolocados, había más macetas tiradas en el suelo y le faltaba un dedo a la mano de una estatua renacentista que representaba un atleta practicando lanzamiento de disco —que, por cierto, recoloque con cuidado antes de que alguien se percatara de ello.

Entré en el comedor. Había mesas redondas en las que se sentaban todas las personas que iban a bordo del barco. Algunas de ellas estaban completas con sus seis integrantes a la mesa, en otras faltaba un asiento por completar y quedaba una única mesa en la que faltaban muchas sillas por ocupar. Andrés Zámpalo estaba justamente en esa, la de los marginados, la cual me iba a tocar ocupar a mí también. Me senté a su lado y al instante, esbozó una sonrisa en su cara. Parecía que estábamos interconectados de forma sobrenatural. Esa felicidad que él sentía se transmitió a mi alma inmediatamente.

Roberto, el capitán del barco y su comitiva imperial estaban en la mesa más centrada y pegada a la pared superior, mientras que ellos estaban más cercanos a la puerta. Los camareros del servicio se acercaron a mí para preguntarme que quería.

—¿Café o chocolate?

—Café.

—¿Con leche o sin leche?

—Sin leche.

—¿Pastas, croissant, galletas, pan?

—Croissant, suena bien.

El hombre me rellenó el vaso y sacó de la bandeja un hojaldre con forma de cuerno que dejó sobre mi plato. Jamás había podido disfrutar de poco más que de una sopa o de unos trozos de pan. Empecé a comer con toda la ansiedad que podía tener una persona que nunca había disfrutado de aquellos lujos tan ostentosos y que la noche anterior había pasado por el sufrimiento de haber tomado la nefasta decisión de emborracharse hasta quedar embaucado.

Terminé el desayuno en apenas unos minutos. Andrés, que había empezado a comer antes que yo, se quedó sorprendido tras ver que terminé antes que él. Me recosté sobre la silla y lo miré, sonriendo.

—Andrés.

—¿Sí?

—¿Eres consciente de lo que hicimos anoche? ¿Han ido a visitarte a ti también?

—Lo que hicimos puedo suponerlo, aunque no ha venido nadie a hablar conmigo. ¿Contigo sí?

—Sí, han venido a verme. —Desdeñé una mirada hacia la mesa en la que estaba Roberto Macías y el capitán del barco. Andrés pudo seguir mis ojos y pareció comprenderme en seguida—. Me dijo que me estaría vigilando. Todavía no sé si tomarme eso como un consejo, una amenaza o es simplemente un berrinche del poder.

Cuando volví a mirar a Andrés, me quedé estupefacto. Su cara se había entornado hacia una expresión de miedo sin precedentes. ¿Se conocían? Lo más seguro es que sí y, seguramente, por nada bueno. Estaba obligado a preguntarle.

—¿Lo conoces?

—Al capitán del barco, no. Pero el otro es...

—Roberto Macías.

—Efectivamente, Roberto Macías. Ya veo que incluso se ha presentado. No ha sido muy amigable, ¿verdad?

—Nada de nada. La primera vez que habló casi me mete otra vez en mi habitación y me tira contra la cama por culpa de su fuerte rugido. ¿Y tú de

que lo conoces?

—Tuve un percance en los juzgados con él. Una vez lo invité a mi casa para que nos tomáramos un tentempié después de un largo día de reuniones y se encaprichó con un cuadro que yo no le quería vender. Para hacerse con él, me demandó alegando que le había robado injustamente su patrimonio, cuando aquellas obras pictóricas habían formado parte de mi familia desde hacía siglos. En principio, no había pruebas, pero tiene contactos tan influyentes en la justicia que toda la argumentación del caso cambió a su favor de la noche a la mañana.

Tragó saliva. Yo continuaba asintiendo de forma regular mientras lo miraba con cara de preocupación.

—Se trata de un individuo con quien la enemistad no sale rentable, pero veo que el destino ha unido nuestros caminos para que discurren bajo un único cauce. Tendremos que soportar su odio juntos.

—Ya veo, ya veo. Así que nos espera una estancia movidita en las islas, ¿no?

—Por desgracia, sí.

Nos levantamos de la mesa al terminar de desayunar y nos marchamos con paso lento hacia la cubierta. Con un pequeño pispeo, me fijé en que Roberto Macías nos estaba siguiendo con la mirada. ¿Me tendría que tomar en serio eso de que me iba a vigilar? El temor encandecía todo mi cuerpo, porque la incertidumbre de no saber cuáles eran los planes que Roberto podía tener en mente me producía una sensación de terror.

—Voy al baño, un momento —le dije a Andrés.

Me separé del camino y me marché hacia los baños. Estos estaban en la planta baja, en la misma que estaban la sala de reuniones, el comedor, el bar, la sala de actuaciones y los camarotes de la tripulación. A la izquierda de la escalera, estaba el baño masculino; a la derecha, el femenino. Andrés me miraba desde la salida mientras entraba en el servicio. Este no medía más de cuatro metros de largo y tres de ancho. Me miré en el espejo, de marco real, dejando detrás de mí las letrinas. Me lavé las manos en el lavabo que tenía delante y me enjuagué la cara. Volví a observar mi reflejo. Noté una sensación extraña, de pavor, de confusión. Parecía que había alguien acechándome detrás, en las letrinas. Una sombra se movía hacia mí de forma inusitada. Me di la vuelta. No había nadie. Yo era la única persona que había en ese baño.

Aquel espejo estaba maldito. Quería salir de aquel cuchitril, pero había una fuerza que me impedía hacerlo. Miré de nuevo el espejo, veía mi cara suave, delicada, mis ojos y mi oscura piel inmaculada. En el fondo del

reflejo, vi de repente un cadáver putrefacto sentado en inclinación sobre la letrina. Las pesadillas me estaban azotando la cabeza como la marea de un temporal a un barco débil. Al girarme, la puerta de la letrina estaba cerrada. ¿Debía abrirla para comprobar si lo que había visto era real? De un empujón, la puerta del cubículo se abrió de par en par. Absolutamente nada.

Salí corriendo de aquel lugar, abriendo con prisas la puerta. Andrés me estaba esperando fuera.

—¿Qué haces? ¿Por qué has tardado tanto?

—¿Cuánto tiempo llevo ahí dentro? —le pregunté.

Sentía la imperiosidad necesidad de saberlo. ¿Me estaba volviendo loco?

—Ah, no. No llevas tanto, solo diez minutos. Pero me estaba empezando a preocupar por ti, quizás te habías quedado atrancado en el hueco —carcajeó.

Puse la mano sobre mi pecho, mi corazón estaba latiendo a doscientos por hora. Pensaba que se me iba a salir.

—Vamos fuera, ¿o te pasa algo? —me preguntó Andrés.

—Estoy bien, estoy bien. Vámonos.

Nunca, hasta ese momento, había observado la decoración del mobiliario. El suelo de madera relucía como el brillo del sol. Estaba cubierto por una alfombra azul que recorría el centro de todos los pasillos. Los dibujos y pinturas que estaban grabados en ellas hacían referencia a cierta historia mitológica sobre el mar y sus males. La calidad de la obra era brillante. ¿Cuál sería la historia de aquel navío?

Ya en la cubierta, nos quedamos calmados con la tranquilidad que se respiraba fuera del interior de los aposentos. Hacía un día espléndido, el sol iluminaba, calentaba y hacía relucir las crestas de las olas del mar. Por más que mirábamos hacia los lados, no se podía ver tierra cerca. Debíamos estar en mitad del Pacífico, aunque era cierto que desconocía que rumbo había tomado el capitán del barco.

De pronto, de la misma manera que aparece una estrella fugaz en el cielo, apareció ella. Apoyada sobre la barandilla exterior del barco, había una mujer del todo exquisita: un cabello castaño, delicado como finos pelos de pincel. Un cuerpo delgado, suave y fino, delicado. Una sonrisa de felicidad tan pura como los girasoles. Quedé encandilado.

—¿Has visto a esa muchacha? —le pregunté a Andrés.

—¿A quién?

Le señalé con mi mano hacia donde estaba ella.

—No hay nadie. ¿De quién hablas?

—¡Cómo que nadie! ¡De ella!

Miré hacia donde había señalado y, efectivamente, no había nadie. Se había esfumado como la pólvora. Quedé desolado y con la triste desilusión de que ella hubiera sido una invención mía. Me planteé si de verdad existía aquella mujer, tan perfecta, tan sedosa, o si solo había sido fruto de mi imaginación, que últimamente estaba sufriendo de malos achaques.

—Estás fatal, eh —me dijo Andrés con repugnancia. Eso me hizo pensar que probablemente debía dejar de involucrar a los demás en mis paranoias mentales. Era mejor si mantenía las confusiones mentales para mí mismo.

—Te juro que la vi —le dije.

Fue en aquel momento cuando apareció nuestro querido amigo, Roberto Macías, con cara de pocos amigos.

—¿Habéis sido vosotros?

—¿Nosotros? ¿El que hemos hecho?

—Estoy preguntando. Será mejor que lo veáis con vuestros propios ojos. Además, así podré ver vuestra reacción más sincera. La que nadie puede evitar.

Esas palabras nos asustaron aún más. No íbamos a llevarle la contraria en aquel momento, porque no sabíamos siquiera que había pasado. Estábamos tan asustados como intrigados.

Roberto caminó hacia el interior con la calma que le caracterizaba y nosotros fuimos detrás de él. Nos estaba llevando hacia los baños.

Capítulo 3

Aquella momia que vimos empotrada en la letrina, la misma en la que yo había imaginado el cuerpo cuando fui al baño, nos hizo sentir un mal de estómago de demonios. No había forma de digerir la situación de ninguna manera posible.

—No han sido ellos —le dijo Roberto Macías a uno de sus comandantes de a bordo, con su característica voz ronca y terca—. Definitivamente no han sido ellos. —Sentimos el alivio de haber sido librado de las acusaciones.

El muerto era el capitán del barco. Ese que hace poco había visto, con su gorra blanca y su chaqueta de marinero, ahora yacía recostado, muerto y desgarrado, apoyado contra la pared de la letrina. Roberto mantuvo su expresión de serenidad, a pesar de los males que estaban aconteciendo. Andrés estaba aún más descompuesto que yo, quizás porque mi subconsciente estaba esperando que ocurriera una cosa así. A mí el susto me echó hacia atrás, volviendo a agitar mi pecho aceleradamente.

—No hemos podido ser nosotros —dicté con mi voz temblorosa a todos los que nos estaban observando en la sala.

—Ya no estoy tan seguro —rectificó Roberto—. ¿Qué estabas haciendo hace veinte minutos?

Andrés y yo cruzamos una mirada que casi nos delata. Las gotas de sudor cayeron de mi frente, resbalando sobre los pliegues de mi piel. Andrés sabía que yo había estado en el baño, de hecho, había salido bastante agitado de allí. Y yo, en cambio, no sabía nada de nada. La confusión mental que todavía se alojaba en la biblioteca de mis cloacas me aterrorizaba incluso a mí.

—Estaba conmigo —declaró Andrés, para cubrirme. Su cara me decía que no quería poner en duda los hechos que habían ocurrido. En su interior, creía ver que realmente confiaba en mí.

—¿Y tú dónde estabas? —le preguntó ahora Roberto.

—Estábamos los dos en el pasillo, de camino hacia la cubierta.

—Ah, perfecto. ¿Vieron algo extraño?

—No, no vimos nada extraño. ¿Puede ser que ya estuviéramos fuera cuando ocurrió?

—Es probable —dijo Roberto rascándose la barba—. ¿Y tú no dices nada,

Julius?

—No, no he visto nada. Y no sé cómo ha podido pasar esto. ¿Y tú, dónde estabas?

Los ojos de Roberto Macías se llenaron de sangre, se enrojecieron y oscurecieron. No soportó que una persona como yo, un negro que había sido esclavo, lo acusara de esa manera. Sus músculos se contrajeron mostrando su esbelta silueta, y la firmeza de la que sus fibras estaban compuestas relució marcada a través de su piel. Parece que se enervó de sobremanera. Roberto dio zancadas de forma apabullante hacia mí con los brazos cargados para pegarme, pero sus compañeros y Andrés lo agarraron del pecho, rodeándolo con sus brazos e impidiéndole que se acercara para soltarme un buen puñetazo.

—¡Vete! ¡Vete ya! —me ordenó uno de los compañeros de Roberto.

Andrés me cogió del brazo y me llevó agarrado a la tercera planta, pisando sin querer un poco de la tierra esparcida por el suelo del pasillo.

—¿Cuál es tu camarote?

—Ese —dije señalándole el que estaba justo en frente a la izquierda, la segunda puerta.

—Dame la llave, corre.

Llevé la mano al bolsillo derecho, buscando en el pantalón de lana la llave metálica de hierro forjado que servía para abrir el camarote y se la di a Andrés. Este la cogió de un tirón y abrió la puerta de forma arrebatada. Me apretó el brazo con más fuerza aún y me empujó, lanzándome contra la cama. Cerró la puerta de un portazo.

—¿Has sido tú?

—Cómo que si he sido yo, ¿de verdad me vas a hacer esa pregunta?

Estaba asustado. Andrés parecía que iba a matarme allí mismo. Jamás lo había visto de aquella manera, aunque también es cierto que lo conocía de hace poco. La conexión que sentíamos no significaba que nos conociéramos el uno al otro. Todavía habíamos vivido muy poco juntos.

—Responde.

—¡No he sido yo!

—¿Lo juras?

—No puedo.

—¿Por qué no puedes?

—No estoy seguro de lo que veo, de lo que vi. ¿Te acuerdas de aquella mujer que te dije? No sé si realmente existe. Me pareció escuchar a alguien en el baño, pero tampoco tengo ninguna certeza de que realmente hubiera alguien allí. A mí me dio la impresión de que estaba solo, pero todo esto... ¡Me siento confuso! Además...

—¿Sí?

—Es la segunda muerte que presencio en poco tiempo. Un compañero de la plantación acabó chafado a unos cuantos metros de los barracones en los que nos alojábamos. Tenía una cruz cristiana sobre su pecho. Y esa, esa, no pude ser yo. Lo puede confirmar mucha gente.

—¿Una cruz cristiana?

—Sí, exacto.

—Ven.

La expresión facial de Andrés cambió. Ya no estaba arrugado ni enfurecido, sus ojos parecieron adquirir una claridad inaudita. Fue como si hubiera visto la luz de Dios. Cada vez era más consciente de que no conocía a Andrés en absoluto, pero sabía que el tiempo lo arreglaría todo. Poco a poco, iba abriendo sus sentimientos y sus vivencias hacia mí. Dio la vuelta, abriendo la puerta del camarote y bajamos de nuevo hacia el baño. Todavía estaban allí los miembros de la tripulación junto a Roberto Macías, apoyados contra la pared del pasillo, a la izquierda del baño.

—Quédate aquí —me dijo Andrés—. Necesito ver el cadáver —le comentó en voz baja a uno de los guardias que cubría la entrada. En principio, se la negó, pero después le susurró al oído y le dejó pasar.

¿Qué le había dicho?

Daba la sensación de que Andrés tenía una conexión que yo desconocía con los miembros de la tripulación, como si fuera alguien más importante de lo que había dicho que era. Me encontraba sufriendo como un cerdo que espera para el matadero. Roberto, que parecía hablar con su tripulación, no hacía más que mirarme de reojo. Estaba observándome y eso no me gustaba nada.

A los diez minutos salió del baño y sin mediar palabra me guio hacia la cubierta. Nos alejamos bastante de las puertas antes de que se dirigiera hacia mí.

—Una “M” grabada a fuego sobre su pecho.

—¿Cómo?

—Cuando me dijiste que había muerto un compañero tuyo en las plantaciones de Bayamo, mi intuición pareció decirme que estas muertes estaban relacionadas contigo y fui a comprobar si también habían grabado algún símbolo sobre el cuerpo del capitán.

—¿Y qué crees que significa? Porque así, a pelo, te diría que la “M” es de “Macías”.

—Ni se te ocurra volver a acusarlo. Te has salvado una vez de que Roberto no te haya aplastado contra la pared y metido tu cabeza en el hueco de las letrinas. A ver, intentaré decírtelo claro. Evita el contacto con él en medida de lo posible. Y si te ves forzado, tan solo síguele la corriente, muéstrate débil. No vuelvas a hacer el gilipollas o acabarás ahogado en el mar.

—Lo siento, lo siento. Todavía me estoy acostumbrando a esta vida, con vosotros, los españoles. Solo fíjate cuantos hay en el barco que sean como yo. ¡Solo los esclavos de las cocinas! Es normal que me sienta intimidado.

—A mí no tienes que pedirme disculpas. Y, por cierto, no has sido tú. Tu mirada sincera, tus ojos, me lo han dicho. Aunque no sé quién ha podido ser. Conozco a poca gente del barco, ha podido ser cualquiera. Dejemos de darle vueltas, no nos incumbe. Vayamos a comer.

—Será mejor.

Se escuchaba la brisa azotarnos en la cara y agitando nuestra ropa, también el golpeteo de las olas contra las placas de la cubierta exterior. Andrés llevaba una chaqueta gris y una camiseta beis. Yo aún conservaba el jubón y el pantalón blanco que me había dado el señor de la Vega, tan finos que, con un poco de brisa, parecía que me llevaba el viento. A decir verdad, el señor de la Vega me mandó a las Filipinas, pero no sabía los poderes que me habían concedido, ni siquiera si conservaba mi estatus de esclavo o si por el contrario, había medrado en esta sociedad de castas. Todo parecía muy confuso, incluso mis propias ideas, que más tarde o más temprano, debían aclararse. Quizás Andrés lo sabía, así que le pregunté de camino al comedor.

—¿Sabes, por casualidad, bajo qué posición me han delegado a las Filipinas? El jefe de las tierras no me dijo nada más aparte de que iba a ser supervisor, o algo así.

—¿Supervisor de las tierras? Ah, ya sé para qué te quieren. Vas a ser el líder de la muchedumbre esclava. Aquel que se imponga y les guíe en el buen camino de la labranza. El que les dirá que deben permanecer en el redil por el bien de todos. A cambio, te permitirán vivir en libertad y con mejores condiciones de las que lo hacías.

—No suena mal.

—Acabarás arrepintiéndote. Hazme caso.

Marchamos hacia el comedor para el almuerzo. Nos habían preparado una sopa deliciosa y un solomillo exquisito. Nunca había comido una pieza de tanta calidad. La carne de ternera paseándose entre mis dientes era como una provocación. Que bien sabía, que gusto daba. Era placer en estado puro. Me recordaba a aquellas noches de agosto en las que me escapaba con mi hermano Augustus a los campos colindantes de nuestra morada para robar frutos rojos de los árboles. Los engullíamos como si fueran lo último que íbamos a poder degustar. Hasta que un día apareció el dueño de la finca y nos convertimos en la deshonra de nuestros padres. Nuestros padres, que cruz llevaban ellos encima. A día de hoy, no sabría cómo podría agradecerles todo lo que nos habían dado.

En ese almuerzo, Andrés y yo no hablamos mucho. Tampoco teníamos muchas ganas, a decir verdad. Me sentía exhausto después de un día de continuas acusaciones y dudas que rondaban mi cabeza. Aunque Andrés pareció haberme convencido de que no había sido yo, permanecí dubitativo. ¿Qué es lo que había visto en ese terrorífico baño que me puso el corazón del revés? ¿Estaba imaginando cosas o tan solo había sido una pesadilla en la que estaba despierto? Quizás me estaba afectando alguna enfermedad neurótica.

Nada más acabar, marchamos tranquilamente hacia el salón, que estaba situado justo a la derecha de la entrada si mirábamos desde la cubierta. Tras la barra estaba el camarero del otro día. Nos sentamos sobre los taburetes de madera y pedimos un carajillo para cada uno.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté al camarero.

—Javier, Javier Verdás. ¿Y vosotros?

—Julius Yunier —dije.

—Andrés Zámpalo.

—Has tenido una vida dura, ¿no, Julius?

—Se puede decir que sí.

—Ahora, parece que están cambiando las cosas. Te ha debido tocar la lotería.

—Fíjate, eso mismo creí yo cuando me informaron del nuevo puesto que iba a ocupar. No sé por qué me eligieron a mí.

—Tienes buena planta, buen tacto. Tienes coraje. Lo puedo discernir sin conocerte.

—No podemos ver lo que somos nosotros mismos. Normalmente, los demás son quienes ven tanto nuestras virtudes como nuestras carencias.

—Concuerdo contigo, Javier —comentó Andrés—, es un muchacho de honor y coraje.

—Me halagáis como nunca lo han hecho —sonreí.

Remangué las mangas del jubón de lana y sujeté la taza por el asa. La llevé hacia mi boca para mojarme los labios y cuando palpé sutilmente el sabor, esperé a que se enfriara, para entonces tomármela de un solo trago. Andrés no hacía más que darle vueltas y vueltas al pequeño plato sobre el que estaba situada la taza. No parecía muy convencido de querer tomarse el carajillo. Javier, al otro lado de la barra, estaba reordenando las botellas alcohólicas que tenía sobre los estantes y pasando un trapo para limpiar el polvo.

—¿Cazan ustedes? —dijo Javier, el camarero.

—Cazar es de nobles —respondí.

—No he tenido el gusto —me respaldó Andrés—. Además, atentar contra una vida indefensa por el mero capricho de disparar y destruir, me parece un desfalco en toda regla. El que quiera matar, que se vaya a la guerra.

—Tampoco es que cace yo mucho. Solo ha sido una vez, en la que tuve que acompañar a un marques...

—Pero has cazado.

—Sí, pero...

—Entonces no hay excusa —concluí.

—Desde luego, es mejor no hablar con nadie —finalizó Javier.

Después de esa última frase, soltó el trapo engurruñado sobre una caja y se marchó enfadado por la puerta que estaba justo detrás de él, que conducía hacia los almacenes en los que los camareros del servicio guardaban los refrescos, bebidas y alimentos preparados que se pensaban consumir en el viaje.

—¿Ahora quién nos va a poner el champán? —comenté irónicamente.

—Podríamos servirnos nosotros mismos, ¿no crees? Si abandona su puesto de trabajo, alguien tendrá que hacerlo en su lugar —dijo Andrés entre risas.

—Mejor que no, ¡ya viste cómo acabamos la última vez!

Con una mirada, pude ver la energía y felicidad que transmitían los ojos de mi amigo. Sus mejillas regordetas realzadas por su cabello caoba y su barba clara prácticamente inexistente hacían que ya de por sí su rostro pareciera gracioso. Sumado a las pocas pero intensas experiencias vividas hasta entonces, no hubo otra salida que sonreír y extender una agradable mueca alegre en toda la cara. Lo mejor de todo fue que Andrés me correspondió y él también empezó a desternillarse. Seguramente, igual que yo, estaba pensando en el día anterior, cuando acabamos destrozados —y destrozando el barco— en nuestro camarote.

—Bueno, Julius. ¿Qué tal si me cuentas sobre ti?

—Tengo poco que contar, lo sabes.

—Sé que tienes mucho que contar. Sobre tu familia, por ejemplo.

—Prefiero no hablar del tema. Sinceramente, no es que me haga mucha ilusión.

—Como quieras.

—Augustus, mi hermano, siempre me ha protegido. Ahora me siento mal, lo dejé abandonado a su suerte en la plantación de Bayamo. El contacto con nuestros padres lo perdimos hace mucho, pero él siempre ha estado ahí para apoyarme. Me siento... Me siento mal por él. Muchas veces.

Aclaré mi garganta. Con el dedo índice, froté suavemente mis ojos por debajo de los párpados. Tuve suerte de no haberme emocionado demasiado como para soltar lágrimas de cocodrilo. La mirada de Andrés me recordaba a la de Augustus con todo lujo de detalles. Quizás porque

me miraba como si fuera su hermano pequeño, porque quería protegerme y no me pensaba abandonar.

—¿Y tú? —añadí—. ¿Cómo es tu vida en España?

—Triste —sentenció—. Podría vivir a cuerpo de rey, pero nada me llena. Trabajo porque es una labor social, no porque lo necesite. La madre que me parió está enferma en un hospital geriátrico. Todos los demás, extintos. A mi hermano pequeño lo mataron en la Sublevación del Cuartel de San Gil, fue uno de los sesenta y seis que perecieron. Puedes entender cómo me siento —me decía acurrucado sobre su taburete, con una expresión de odio y vileza.

Se crujió los dedos de las manos uno por uno y gritó, vociferando sin miedo a que le escucharan: ¡¡Odio eterno a la monarquía!!

Nos marchamos del salón-bar; no había nada más que hacer allí. Salimos por la puerta con aires de valentía y revolución, pero un portazo nos hizo vibrar dando un respingo.

—Provenía del comedor, ¿no? —comentó Andrés.

—Creo que sí. ¿Miramos?

—Vamos a ver que se cuece.

La puerta doble de madera del comedor, con decoraciones de nudos entrelazados, estaba cerrada.

—Puede que no...

Andrés apoyó su brazo sobre la parte derecha de la puerta y esta mitad cedió.

—Entremos —dije.

Nos encontrábamos ante el comedor, en el que disfrutábamos de todas nuestras comidas, que ahora estaba completamente vacío. Las mesas, que normalmente estaban cubiertas con unos hermosos paños de encajes tejidos en seda y lino, ahora estaban con su madera, algo roída, al descubierto. Percibimos otro portazo que parecía venir de las cocinas.

—Tengamos cuidado —me dijo Andrés.

Anduvimos con pies de plomo hacia la puerta de la cocina, de la que los camareros solían sacar los platos, vasos y jarras para nuestras comidas. Aun así, por culpa de la madera con la que estaba construida el suelo del barco y la falta de equilibrio que teníamos debido a las embestidas del

oleaje, no pudimos evitar el crujir bajo nuestros pies.

Empujé la portezuela con la punta de los dedos y esta se abrió con la misma facilidad que se había abierto sin querer la puerta del comedor. En el suelo había una baldosa tras la cual comenzaba una escalera hacia abajo. Todo sigilo había sido en vano, porque no habría forma de evitar que supieran de nuestra presencia si bajábamos.

Me acerque a Andrés, para poder susurrarle y que nadie se enterara de nuestra conversación.

—¿Y si es Roberto Macías? ¿Y si es un miembro de la tripulación? Los que no deberíamos estar aquí somos nosotros, eso tenlo claro. Ya nos han advertido, no me gustaría que me metiesen en un calabozo y me mandaran de vuelta a Cuba.

—Yo te cubriré, tranquilo. Vamos, baja.

El miedo que tenía sobrepasaba el límite de lo posible. Aunque no debía estar preocupado, tenía los vellos de punta por tener que enfrentarnos a lo desconocido. Además, yo iba delante. Las escaleras eran prácticamente horizontales, no había mucha inclinación. Cuando pisé suelo firme en las cocinas, me sentí un poco más aliviado, pero la oscuridad seguía siendo permanente en aquel lugar. La poca luz que había hacía aún más escabroso nuestro paso por allí, porque esta provenía del reflejo de los cubiertos que colgaban de las encimeras. El rectángulo culinario se extendía a norte y sur, con sus paredes blancas y sus encimeras recién compradas. Ver las cocinas me recordó lo poco que sabía del barco en el que estaba a bordo.

Andrés alzó la voz.

—¿Cómo ha podido entrar alguien aquí a oscuras?

—Buena pregunta.

Me adentré en la parte izquierda y Andrés fue a la parte derecha. En la zona en la que me encontraba, estaba la despensa, las alacenas, los barriles de vino y la zona de refrigeración. Andrés fue a la parte en la que se cocía literalmente el pescado, lugar donde se ponían los hornos y se preparaban los manjares que después degustábamos. No pude aguantar más la falta de visión y aproveché que había visto un candelabro y unas cerillas para encender la luz. Abrí la cajetilla deslizando su tapa, saque una cerilla y la froté contra la superficie del lateral. Una vez encendida, pasé la llama hacia uno de los candelabros y apagué la cerilla. Al levantar el candelabro, me llevé un susto de muerte.

Solo me dio tiempo a ver a una especie de momia viviente. Un rostro encapuchado me empujó con un potente choque y salí disparado. Parte de la cera de la vela del candelabro pareció rozarle justo por debajo del pectoral derecho, ya que hizo un aspaviento de dolor intenso y subió las escaleras a toda prisa.

—¡Julius! ¿Estás bien? —Era la voz de Andrés que venía a toda prisa desde la otra parte de los fogones.

—Más o menos —respondí agazapado.

—¿Qué ha pasado? ¿Quién era ese? ¿Lo has visto, te ha dicho algo?

—No... ¡No he podido ver nada, joder! Casi me mata del susto. Pensaba que no había nadie aquí, que habían sido imaginaciones nuestras, pero ya veo que no. Esto es una encrucijada gorda, muy gorda.

—Desde luego que lo es —me respondió Andrés—, ordenemos esto un poco y marchémonos antes de que venga nadie.

Andrés me dio la mano y yo le cogí de la muñeca para ponerme en pie. No podía arreglar la vela, que había quedado desperdigada por el suelo, pero recogí los trozos más grandes y coloqué el candelabro de nuevo en la encimera en la que estaba puesto. Dejamos atrás el santuario de la gastronomía cuyo suelo quedó embarnizado de cera —grata sorpresa se encontrarían los trabajadores— y volvimos al comedor. Fijándonos con cautela, pudimos apreciar en el suelo unas gotas minúsculas de sangre que se distribuían irregularmente hasta la puerta. Atravesamos la puerta y nos encontramos de nuevo ante la inmensidad del pasillo.

Sin embargo, no todo iba a ser coser y cantar. Los ojos fulgurantes de Roberto Macías estaban puestos sobre nosotros desde la otra punta del pasillo norte, desde donde se accedía a las dependencias de la tripulación y a los mandos de control. Se acercaba hacia nosotros a pasos agigantados, con una turbulencia digna de un dragón enfurecido. Nos había visto salir del comedor.

—¿Qué hacíais en el comedor? Todavía no es la hora de la cena.

—Nos hemos confundido —dije.

—Ándale a otro con ese rollo, porque a mí no me la vas a colar —giró su cabeza hacia Andrés—. ¿Qué hacíais en el comedor? —repitió.

Cerré los puños. Roberto había descartado por completo la validez de mis afirmaciones, como si yo fuera escoria, como si fuera una mierda. El racismo era una característica corriente en la sociedad, pero ello no descartaba que a mí me brotaran gotas de odio cada vez que alguien

actuaba conforme a ese principio.

—Nos hemos confundido de habitación —repitió Andrés con las mismas palabras y tono que yo. Él sabía que respaldarme a mí era la forma de cubrirnos las espaldas a los dos.

—Ya veo —apostilló Roberto—. He escuchado muchos portazos y me estaba hartando ya. Si habéis sido vosotros, parad o será lo último que hagáis.

Con la misma rudeza que vino, se fue en dirección al salón; seguramente para desahogarse y sumergir su confinada frustración en copas de alcohol.

—Tenemos que limpiar los goterones de sangre. Lo último que debería ocurrir ahora es que nos relacionen con eso, porque Roberto nos ha visto salir de ahí —me explicó Andrés.

Volvimos al comedor y Andrés bajó a por unos estropajos a la cocina, porque a mí no me apetecía bajar de nuevo al lugar donde me habían asestado un golpetazo. La pared más próxima al lugar donde se sentaban Roberto y sus capataces tenía ventanas circulares de madera que dejaban pasar tímidamente la luz. Estas estaban colocadas a un par de metros entre sí, creando tres focos de iluminación sobre el centro de la sala.

Andrés apareció al poco rato con un par de estropajos, trapos y un frasco de lejía.

—Dame —le pedí.

Me puse a frotar el suelo con celeridad hasta que las manchas, más que desaparecer, se disolvieron. El dibujo de la madera se quedó descolorido, pero era preferible eso a que se vieran goterones de sangre por el suelo.

Al terminar, le devolví las cosas y Andrés bajó a dejarlo todo en su sitio. Mientras él estaba en los fogones, yo me abstraí mirando al cielo que se podía entrever a través de las pequeñas ventanas. Me acordaba de aquellas infructuosas tardes, azada en mano, junto a los demás esclavos de los huertos. Recordaba la sensación del calor de estar cerca de mi hermano. El corazón se conformaba con tenerle cerca día sí y día también. Ahora, sentía que lo había abandonado a su suerte. Me había ido y quizás nunca volvería a ver a la persona que más me quería en este mundo.

Una vez hubimos terminado, salimos de nuevo con sigilo, procurando que nadie nos viera y así fue. Andrés me dijo que tenía que ir al baño y que nos veríamos en la cena. Acepté a pesar de que no sabía si esa noche me

apetecería bajar a cenar. Nos despedimos.

Antes de volver a mi habitación, salí un momento a la cubierta. Para entonces, las sombras reinaban en el exterior y el sol se había escondido más allá del horizonte. La humedad calaba en todo el barco y penetraba mis huesos como el agua en una fibra de tela. Hacía mucho frío para llevar solo el camión de algodón que llevaba puesto, pero ¿qué iba a hacer?

No había tenido contacto con las riquezas que me habían prometido, todavía no había desembarcado en el nuevo mundo. Únicamente esperaba que la luna dejara de mirarme de forma tan intensa, tratando de recordarme todo lo que había abandonado.

Pinceladas de los compañeros de Bayamo que acudían desesperados a mi mente con frecuencia. Esta vez se vino a mi cabeza alguien especial: Sandy Pickerson. Habíamos tenido una bonita historia de pasión, de las que uno difícilmente se olvida.

Hastiado por el frío, decidí volverme adentro y subí al camarote. Me lavé y me tiré a la cama, quedándome tumbado para disfrutar de un momento de relax. La conciencia me pesaba. Tras un rato de cavilaciones conmigo mismo, decidí bajar con Andrés.

Otra vez sentados en el comedor, Roberto nos observaba desde su mesa, con aires triunfantes y acaparando la atención de sus amigos. Andrés y yo estábamos con otro cometido. Queríamos observar con delicadeza a todas y cada una de las personas que había a bordo del barco para tratar de identificar a la persona que me empujó el día anterior. Nos fijábamos en todo y lo íbamos comentando a la par que nos percatábamos de detalles que podían ser significativos: los relojes, la bisutería, los remangues de las prendas, los andares de los camareros, la apariencia de cada uno de los allí presentes e incluso las miradas que intercambiaban tanto la tripulación como los pasajeros entre sí. Sin embargo, no pudimos sacar nada en claro

Cada uno se fue a su habitación, y yo estaba en un mar de angustia. Me tiré media noche tumbado boca arriba en mi cómodo colchón sabiendo que era el último día que iba a poder disfrutar de él, porque se estaba aproximando el día en el que anclaríamos en el puerto de Manila, en las Filipinas. Desconocía por qué motivo me estaba pasando aquello. Trataba de reflexionar sobre el destino y su existencia. ¿Estábamos predestinados a vivir una vida con todas las consecuencias que esta llevara? Y, en ese caso, ¿sería este un curso de opciones o un curso de vivencias obligadas? Imágenes confusas y borrosas volaban de un lugar a otro mi tobogán neuronal sin poder hacer nada para poder dormir con la conciencia

tranquila.

La opinión que sostenía sobre Andrés había mejorado bastante en el viaje marítimo. A pesar de los roces que había tenido con él, no dejó de parecerme un hombre que merecía la pena guardar siempre a mi lado. Simpático, agradable, revolucionario. Las cualidades propicias para un líder. Por otro lado, se juró enemistad clara y manifiesta contra Roberto Macías, quien no desperdiciaba una oportunidad para lanzarse en nuestra contra e interponerse en nuestro camino. Daba la sensación de que disfrutaba con ello como un infante con un juguete de colorines. Era maquiavélico, maniático y engreído. La curiosidad sobre él me mataba: ¿qué había pasado ese hombre para actuar de esa manera frente a todo el mundo, con aires de grandeza y superioridad? Era una desgracia que este tipo de gente fuera bastante común. Cuando a una persona estúpida le dan los privilegios que nunca ha imaginado; es normal que se le suba el poder a la garganta.

Un par de horas más tarde, desconozco como, caí en un profundo sueño que duraría unas cuantas horas hasta que se izara la luz a través de la ventana. Fue un sueño blanco sobre fondo negro. El telón del teatro no se había abierto todavía, pero podía ver a través de él. Los actores y actrices estaban siendo manipulados literalmente como marionetas. ¿Qué profunda narcosis me había afectado para soñar con estas cosas?